



EL VIAJE A BIC EN PARÍS

Había planificado el viaje e informado a Chanel de que llegaría a París al cabo de tres semanas.

Más allá de ese único dato, ella se mantuvo discreta y reservada, una francesa típica. No preguntó nada más.

La fecha de mi partida obedecía a una lógica muy precisa.

Me tocaba cobrar mi pensión mensual de 351 euros, y con ese dinero podría marcharme. La verdadera cuestión no era si podía ir, sino cómo.

Llamé a un amigo mío camionero que hacía rutas internacionales con regularidad, y acordamos que me llevaría.

Antes de aceptar, sin embargo, necesitaba saber qué transportaba. Si resultaba que el remolque iba cargado de ganado, tendría que vérmelas con el olor.

Madre Gillette nunca fue flexible con sus hijos en un punto: el problema nunca está dentro de la mente; solo existe en las acciones que crean soluciones.

Para alojarme había encontrado una habitación compartida justo a las afueras de la ciudad. Costaba doce euros al día.

El sitio quedaba cerca de la última parada de la línea de metro, y el transporte hasta la ciudad costaría solo tres euros al día.

Mi estancia no duraría más de tres días, no por elección sino por planificación.

Para cuando mi amigo camionero hubiera completado su entrega en Bruselas, yo ya estaría listo para el viaje de vuelta, y esta vez no me preocuparía lo que llevara de carga.

Por fin llegó el día de la partida.

A las dos de la madrugada, mi mujer me preguntó adónde iba.

Me vio allí de pie, con una maleta de ruedas y vestido con ropa corriente.

Le dije que me habían dado la oportunidad de asistir a una reunión relacionada con un empleo, aunque no tenía ni idea de qué puesto podrían ofrecerme.

Suponía que, dadas mis cualificaciones, el puesto más alto disponible sería probablemente el de mozo de almacén.

No elegiría nada. Simplemente lo aceptaría si me gustaba.

Eugenio había aparcado el camión a la entrada del camino que lleva a mi casa.

En cuanto llegué hasta él, mi primera preocupación fue descubrir qué transportaba.

No te lo vas a creer. El remolque llevaba plástico con destino a BIC Belgium, donde se usaría para fabricar bolígrafos.

Jajajajaja.

Durante las treinta y dos horas de viaje de Reggio Calabria a París, solo paramos en las áreas de servicio de la autopista para repostar, comer e ir al baño.

Mientras tanto, Eugenio no dejaba de cambiar los documentos del tacógrafo. Cada vez que lo hacía, en los papeles aparecía el nombre de un conductor distinto. Al volante iba siempre Eugenio. Y sin embargo el sistema registraba seis conductores diferentes.

Solo con eso bastaba para entender que estaba dentro de un sistema que no funcionaba bien, y que aquella era la única solución que la gente había encontrado para reducir costes.

Al final llegamos a las afueras de París.

Eugenio me dejó cerca de una estación de metro, la misma estación que tendría que volver a encontrar cuando llegara la hora de regresar a casa.

Me preguntó adónde iba.

Respondí: “Voy a reunirme con unas mujeres”.

Me miró y dijo: “El poder del sexo”.

Ferdinando